Pedro Antonio De Alarcón

Novela natural

Comentario [LT1]:

I

En Madrid, hace dos o tres años, una tarde en que tan pronto llovía como salía el sol (pues aunque terminaba mayo, duraban todavía los lloriqueos primaverales, graciosos como todo lo que pertenece a la juventud, y no desconsolados y monótonos como las feas lluvias del lúgubre noviembre); esa tarde, decimos, a cosa de las cuatro, veíase en medio de la plaza de Santa Ana una cartera de bolsillo, o, por decir mejor, un librito de memorias, sobre cuyo forro se leía la palabra francesa Notes.

El librito yacía en mitad del suelo, demostrando claramente que se le había perdido a algún transeúnte: habría sido lujoso, pero estaba muy estropeado su forro de piel de Rusia color de avellana: cerrábase por medio de un brochecito, dorado, de esos que se abren con la uña del dedo pulgar, y, en fin, sería poco más grande que un naipe y algo más pequeño que una esquela de entierro doblada en la forma en que se suplica el coche.

No sabemos el tiempo que llevaría de estar allí aquel objeto, cuando, por la parte septentrional de la calle del Príncipe, apareció una honrada señorita, que ya filiaremos, custodiada por un criado de aspecto decoroso; la cual cruzó diagonalmente la plaza, como dirigiéndose a la del Ángel, viniendo a pasar precisamente por el sitio en que yacía el librito de memorias. Violo; miró en torno suyo buscando al que lo hubiese perdido, y como no descubriera alma viviente delante ni detrás de sí (pues lloviznaba a la sazón, y además, en tal mes y a tales horas no hay casi nunca gente en aquella explanada), hizo que el criado se lo alargase; interpuso pulcramente el pañuelo entre la piel de Rusia del libro y la piel de Suecia del guante, y siguió su camino exhibiendo en cierto modo, o sea, dejando ver a los transeúntes aquel hallazgo, por si alguno era su dueño, y resuelta, en último caso, a hacer anunciar el lance en el Diario de Avisos o en La Correspondencia de España.

Y esta es la ocasión de filiar, como hemos prometido, a la honrada señorita, en tanto que llega a su casa, situada en la calle de Carretas.

Ya se nos han escapado cuatro importantísimos datos de su biografía, a saber: que no estaba ni había estado casada, puesto que la hemos llamado señorita, que pertenecía, cuando menos, a lo más elegante de la clase media (por lo de señorita y por lo del criado);

que vivía en la calle de Carretas, y que era honrada, cosa esta última que, dicho sea entre paréntesis, no tiene nada de particular.

Antes de seguir adelante debemos advertir al lector que la que ya puede llamarse nuestra heroína no hace otro papel en la presente historia que leer el mencionado librito y permitirse algunos comentarios acerca de sus apuntaciones, y que luego la dejaremos en libertad de seguir su vida privada, como Dios se la depare, sin meternos a decir al público si se casó, si murió soltera o si se hizo monja. Excusado, pues, parecerá acaso que retratemos minuciosamente a esta joven sin historia conocida, que va a ser para nuestros lectores ni más ni menos que cualquiera otra de las mil mujeres que hallamos diariamente en la calle y olvidamos para siempre a los dos minutos de verlas. Pero, por eso mismo, esto es, cediendo al melancólico encanto que dejan en ciertas almas, durante esos dos minutos, todas las desconocidas notables que le salen al paso; por eso mismo, es decir, para que los mejor organizados de vosotros experimentéis tan patética emoción, que resume el misterio doloroso y grato de la existencia humana; por eso, y para que todos sepan que, además de las que figuran en los libros, hay en el mundo mujeres desocupadas que pudieran realizar novelas semejantes a las Escritas (como en los almacenes de muebles hay camas y sillas en que no se ha costado ni sentado nadie, y que, o se romperán allí, sin que nunca sirvan para nada, o se convertirán en ajuares de trágicas o cómicas familias); por todo lo apuntado, repetimos, vamos a hacer una prolija y circunstanciada descripción de la señorita honrada que cruzó una tarde lluviosa por la plaza de Santa Ana, bajo la custodia de un criado, y que se encontró el susodicho libro de memorias. Doña Juana López García (así se llamaba la señorita) -hija de D. Antonio y doña Josefa, propietaria esta de unas viñas de Andújar, que producían, por término medio, 45.000 reales anuales, y consejero de Estado o director en el Ministerio de Hacienda aquel, siempre que era Gobierno cierto partido, lo cual le había asegurado, para los días de desgracia de sus amigos políticos, una cesantía de 24.000 reales, también anuos, que cobraba el D.

Antonio, sin más trabajo que desear, esperar y anunciar la caída del Gabinete- acababa de cumplir veintidós años; era morena esclarecida, más bien alta que baja, ni delgada ni gruesa, y tenía: ojos y pelo, negros; incipientes y anilladas patillas; boca pequeña y roja, que sonreía con gracia y dejaba ver unos dientes irreprochables; mejillas levemente coloradas; manos, pálidas y chicas, con los dedos puntiagudos y las uñas como hojas de rosa de pitiminí; cintura, seno y hombros, admirablemente proporcionados; pie, menudo y firme, o sea alto de empeine, y de voz mezzosoprano, tan propia para la blandura del ruego como para la gravedad de la narración.

Juanita era hija única: poseía muy buena ropa y sabía llevarla:

prefería los colores poco vistosos, y su lujo principal consistía en una escrupulosísima limpieza y en armonizar, sin aparentes pretensiones, pero con sumo rigor artístico, todo lo que constituía su traje. Mucho blanco y negro; mucho gris; mucho puño y cuello liso; mucho oro y poca labor en sus contadísimas joyas; oportunas hebillas de acero; nunca miriñaque... Tales eran las reglas de su indumentaria. Tenía, además, gustos ingleses en el tocador y en el escritorio, guerra declarada al lado de las calles (de tal manera, que antes dejaba ver el arranque de su soberana pierna que mancharse la fimbria de las faldas), doncella francesa a su servicio y tres habitaciones en la casa paterna para su exclusivo uso; gabinete, alcoba y tocador, todo reunido y con vistas a un anchuroso patio.

Juana era seria y alegre: más claro: no era casquivana ni melancólica. Seria quiere decir noble y juiciosa; alegre quiere decir graciosa y apacible. Era feliz, en una palabra, y como que irradiaba su propia felicidad en torno suyo. No había tenido novio todavía, aunque la habían pretendido muchos jóvenes casquivanos o melancólicos, ni serios ni alegres. Era instruida y religiosa: madrugaba; oía misa... los días de precepto, y no maquinal, rutinaria, ostentosa ni coquetamente, sino con la mayor formalidad, como se cumplen los grandes

deberes naturales, como amamos y honramos a nuestros padres y maestros: prefería el Retiro a la Fuente Castellana, y leía libros dulces, ligeros y castos. Los libros románticos, desconsolados y desconsoladores, le hacían reír, pues no comprendía que hubiese dolor sin consuelo: los libros audaces y filosóficos la fatigaban, inútilmente, pues no aprendía en ellos nada tan grato, tan absoluto, tan natural como su mansa obediencia católica; y los libros que contradecían en algo las buenas costumbres la repugnaban como las personas de mala educación. Nunca, pues, acabó de leer obra que no fuese parecida a I Promessi sposi o a Pablo y Virginia. Hablaba el italiano y el francés: tocaba el piano: no cantaba: sabía coser y guisar, pero ni guisaba ni cosía. Era muy caritativa, y daba la limosna ocultando a la par sus lágrimas y el dinero. Montaba a caballo. Estaba abonada a butaca en el Teatro Real. Para su padre, que rayaba en los sesenta años, era un amigo, juntos iban de paseo, a caballo o a pie; juntos al teatro, juntos al Museo de Pintura. A la iglesia iba siempre con su santa y padecida madre, que salía mucho menos. A las tiendas llevaba carta blanca y la compañía de un antiguo y respetuoso criado. Finalmente, Juana era un ídolo para sus padres, una especie de adorada nieta para su confesor, y una buena muchacha (de quien nunca se había murmurado) para la vecindad y para el público.

Ahí tenéis retratada de cuerpo entero y de tamaño natural a la mujer que se encontró el librito de memorias.

Juana llegó a su casa: besó a su madre; le enseñó unas ligeras compras que había hecho; se enteró de que su padre estaba en el Congreso; trocó su traje de calle por otro de casa; contó a su madre el hallazgo de la cartera, en el lo que la buena señora opinó también que debía anunciarse el caso en La Correspondencia, salva la opinión del padre, y, encerrándose entonces la joven en su gabinete particular, sentóse en una butaquita baja; arrellanó y acomodó en ella su hermosísimo cuerpo, como quien toma postura para largo rato; mostró de resultas, y sin advertirlo, sus preciosos pies, calzados ya con orientales chapines de terciopelo, y abrió indiferentemente y como por humorada el misterioso álbum de bolsillo.

Constaría este de unas cien hojas, de las cuales más de la mitad estaban en blanco: las restantes contenían notas escritas con lápiz o con tinta, sin orden ni concierto y en variedad de letras, que se conocía eran de una misma mano, pero, que habían sido trazadas unas despacio, otras de prisa, unas de pie y otras en mas cómoda postura.

Toda mujer tiene algo de Eva. Juanita era mujer, y, por consiguiente, curiosa. No se le ocultó que solo su padre debía leer aquellas apuntaciones, y esto... con el mero fin de ver si contenían el nombre de su autor... ¡Pero era tan leve, tan venial la falta!...

Leyó, pues, la primera hoja.

II

La primera hoja, escrita con lápiz, decía de esta manera:

Sastre.Letra.

Retratos.Guardapelo.
Bolsa de viaje.Calzado.
Cementerio.Gorra.
Carta de vecindad.Sortija.
Cigarros.Maleta.
Fósforos.

Juanita no pudo menos de quedarse pensativa, después de leer esta lista de quehaceres.

Su viva imaginación vio dibujarse en seguida, al través de aquellas palabras incoherentes, la figura moral y social del que las había escrito.

Volvió, pues, a leerlas más despacio, y entonces sintió caer sobre su alma la vaga melancolía que inspira el ser humano cuando se le considera remota o mediatamente, cuando lo envuelve la atmósfera del misterio, cuando desconocemos sus vulgares

circunstancias. Y es que, en este caso, el destino de aquella persona tiene algo de genérico, y parécenos que su vida puede servir de explicación a la nuestra. Resolución ajena del problema propio experimento in anima vili; misericordia; fraternidad...; llamadlo como queráis; pero el fenómeno es constante; esa melancolía existe.

He aquí ahora cómo glosó la imaginación de Juanita (sin que Juanita se advirtiera del comentario que hacía su imaginación) aquellas, al parecer, inconexas palabras.

-«Sastre...» -se dijo-. El dueño de esta cartera es hombre, y un hombre elegante, o, cuando menos, un joven en edad de merecer...

-«Retratos...» ¿Suyos o ajenos? ¿Retratos que recoger, o retratos que repartir?

-«Bolsa de viaje...» El joven se disponía a viajar. Lo del sastre significa que se equipaba para una expedición importante, y lo de los retratos prueba que su viaje iba a ser largo, por la distancia o por el tiempo, y que se había retratado a fin de dejar su imagen a algunas personas queridas. Tenía, pues, que ir a recogerlos a casa del fotógrafo.

¡Luego había fotógrafo en el punto que el joven iba a dejar! ¿Qué punto sería este? ¿Habrá salido de Madrid para América? ¿Y por qué se me ocurre un lugar tan lejano? Puede haber ido empleado a una provincia... También puede haber salido de una provincia (de una capital, puesto que hay en ella fotógrafo), y estar en Madrid. ¿Por qué no ha de ser Madrid el término de su viaje?

-«Cementerio...» Esta palabra revela excelente corazón. El joven es un buen hijo, o un buen... viudo, o un buen amante... póstumo. ¡No quería marchar sin despedirse de un muerto querido, o de una muerta adorada!...

Esto es claro, y tierno, y más interesante de lo que yo me prometía al encontrarme la cartera.

-«Carta de vecindad...» Laudable previsión, que demuestra orden en la vida, formalidad, juicio... Lo mismo hubiera yo hecho en su caso.

-«Cigarros...» Fuma... ¡Hace bien! Los hombres deben ser hombres!

-«Fósforos...» ¡Nada se le olvida!

-«Letra...» Me alegro de que tenga... de que tuviera recursos. ¿De cuánto sería esta letra? ¡Pobres hombres! ¡Siempre llenos de cuidados!

Ellos tienen que procurar para sí y para nosotras... De buena gana (suponiendo que esta letra fuese de menos cantidad de la que él necesitara) hubiera yo aumentado con mis ahorros el capital del previsor viajero. ¡Cuántos afanes le costaría, quizá, reunir la suma representada por aquella letra! Y, ¿quién sabe si ya la habrá gastado toda?

-«Guardapelo...» Aquí aparece una mujer que le da pelo la víspera de la separación... ¡Indudablemente el dueño de la cartera era joven, y cuando escribió esto, amaba!... ¿Ama todavía? Se separó de ella... ¿La ha vuelto a ver? ¿Llevará consigo el guardapelo que compró aquel día y en que encerró un bucle de su amada? ¡Ojalá hayan sido felices estos amantes!

¡Ojalá lo sean! Pero, ¿sería su novia, o sería...? ¡Adelante!

-«Calzado...» ¿Lo llevaría puesto cuando perdió el libro? ¿Tendrá bonito pie? ¿Será verdaderamente elegante? ¿Será guapo? ¿Me gustaría a mí si lo viera? ¿Lo habré visto alguna vez?

-«Gorra...» ¡Para el viaje, sin duda! Supongo que viajó solo... Si yo hubiera viajado también, y me hubiese encontrado con él en diligencia o en un mismo vagón, quizá lo habría mirado con indiferente desvío... Es casi seguro... ¡Y hoy me interesa este hombre! ¿Por qué? ¡Ah! Lo comprendo.

¡Porque estoy oyendo un monólogo suyo; porque he sorprendido su confesión; porque estoy asomada a su alma; porque he visto esta alma antes que su cuerpo, antes que la sospechosa figura del comediante del teatro social!

-«Sortija...» ¡Esto se agrava! ¿Por qué regala una sortija?

¡Semejante regalo, si se hace por un soltero a una soltera, equivale a unos desposorios!... Decididamente, nuestro hombre tiene dueño; no se pertenece, es de otra, ¡y yo he hecho mal en encontrarme... digo, en leer estos apuntes! ¡Tampoco tiene perdón su descuido! ¡Extraviar una cartera que no es suya por completo! Pero, ¿y si la sortija es para él? ¿Y si se la estaban componiendo, y solo tenía que recogerla? ¡Oh!, no. ¡La sortija era para ella!... ¡La sortija es hermana del guardapelo y de los retratos!

En el fondo de todo ello hay una despedida amorosa de las más tiernas, solemnes e importantes... Pero, ¿cuánto tiempo hará que escribió esta hoja? ¡Vamos despacio! ¿Acaso tengo que hacer otra cosa que leerme toda la cartera?

-«Maleta...» ¡Ya estoy deseando que eche andar y cambie de pueblo!

Pero, ¿y si salía de Madrid? ¿Y a mi qué me importa? ¡Pues no estoy poco preocupada con el tal librito! Volvamos la hoja, a ver si se aclaran tantos enigmas...

En la segunda hoja había esta otra lista de quehaceres.

DESPEDIDAS Federico.Marquesa.

Las de Gómez.D. Manuel.
Casino.Mis primas.
Señor cura.Pepa.
Ramona.Juan.
Lolilla.Ella.
Botica.

Juanita experimentó un indefinible malestar al leer tantos nombres, y, sobre todo, el pronombre que servía de remate a la lista. Dijérase que ya deseaba que no se aclarasen demasiado las incógnitas. Y en verdad, ¿qué interés podrían ofrecerle aquel librito y aquel hombre desde el punto y hora en que la biografía y la novia de este le fuesen tan conocidas como las de cualquiera de los jóvenes que solían visitarla? ¡Lo indeterminado, lo anónimo, lo de aprovechamiento común para las ilusiones de una imaginación descontentadiza...; he aquí lo único interesante para nuestra amiga Juana!... Pudo más en ella, sin embargo, la curiosidad que el miedo a un desencanto absoluto, y continuó en su temerario examen.

-«Federico...» -pensó, volviendo a repasar aquella lista-. Este Federico sería el amigo íntimo del joven en la población de que acaba de llegar... También pudiera ser su hermano, y ¡hasta quién sabe si un cuñado futuro!... Ya veremos...

-«Las de Gómez...» Poco menos que nada... ¡Algunas solteronas amigas de la madre, de las que el pobre tendría que despedirse por pura condescendencia!... ¡No me importan estas señoras de Gómez!

-«Casino...» ¡Malo! ¿Si será jugador?... De cualquier modo, no es en los casinos donde los hombres ganan ni aprenden cosa buena... Sin embargo, en varios de ellos suele haber biblioteca, gabinete de lectura, revistas nacionales y extranjeras... En fin, ¡pase!..., aunque el dato es algo sospechoso.

-«Señor cura...» ¡Esto me agrada! ¡Celebro que se despida de un sacerdote a quien nombra con tanto respeto! Pero, ¿quién sabe? ¡Acaso el joven necesitaba una partida de bautismo!... ¡Tal vez se trata aquí de un casamiento secreto a la hora de marchar!... No olvidemos lo de la sortija...

-«Ramona...» Si más adelante no se hablase de una ella..., esta Ramona me daría más que pensar. Pero Ramona no es ella; Ramona es una amiga de la amada, o una amada de segunda clase; tal vez una confidente; puede que una parienta; quizá una hermana casada...

-«Lolilla...» Véase una circunstancia que me enamora. Esta es una graciosa niña, una de esas amistades en miniatura, uno de esos amorcillos en capullo, una de esas adoraciones hacia un ángel, que denotan bondad y dulzura en el alma de los jóvenes que se consagran a tan puro, inocente y delicado culto. Lolilla debe tener diez años cuando más, y ser hija de

la casa que más frecuentaba el joven en aquel pueblo. ¡Acaso será la hermana menor de ella!

-«Botica...» No lo dudo. Aquí se trata de una de esas tertulias diurnas que tanto abundan en las provincias, tertulia de antes y de después de comer, o sea de por la mañana y de por la tarde; tertulia de hombres solos; tertulia política, minera o cazadora, en que se juega a las damas o al ajedrez, y a la que van a confluir incidentalmente todas las noticias, todos los cuentos, todas las murmuraciones de la ciudad...

Convengamos, pues, en que nuestro héroe no iba a la botica por medicamentos.

-«Marquesa...» ¡Otra prueba de que el joven es distinguido y elegante! Por lo demás, la Marquesa puede ser la madre de Lolilla. Desde luego tenía tertulia..., o, por mejor decir, recibía corte, y este era de los predilectos. ¡Vaya una vida varia y complicada! Empiezo a descubrir inquietud y agitación en el espíritu de mi desconocido. Un hombre tan pródigo de sí propio, no podía ser feliz... ¿Qué digo? ¡No lo era, en el mero hecho de huir tanto de sí mismo para distribuirse entre los demás, o para alimentarse de existencias ajenas!

-«Don Manuel...» Una amistad heredada de su padre; un tutor, un curador, un consejero... Empiezo a creer que el joven es huérfano... ¡Cómo lo voy conociendo ya!

-«Mis primas...» ¡Ah! ¡Las primitas! ¡Parentesco hipócrita, equívoco, ocasionado al amor! Este parentesco cambia de naturaleza, según que los consanguíneos se agradan más o menos. Un primo feo es un insípido hermano:

un primo bello es el más peligroso..., y puede ser el más adorado de los hombres. Pues lo mismo les pasa a los primos con las primas... Por fortuna, la especie está aquí citada en plural...; y, sobre todo, no olvidemos que más adelante hay una ella por antonomasia.

-«Pepa...» -«Juan...» Estos dos nombres me resultan opacos. Quizá será por su proximidad al que viene después. Supongamos cualquier cosa. Pepa puede haber sido su nodriza. Todo es de suponer en un hombre tan sensible y afectuoso como el que se retrata en esta cartera. Veamos, pues, en Juan a un antiguo criado, y lleguemos a la última apuntación...

-«Ella...» ¡Ningún nombre más claro, más diáfano, más expresivo que el de esta innominada! ¡Ella es ella! Pero, ¿quién es ella?

Aquí el propio exceso de claridad impidió a la joven fijarse en conjeturas determinadas, y quedóse como sumida en sus propias ideas, sin poder deslindar ni escoger ninguna; al modo que nada ve, en fuerza de ver tanto, quien abre de pronto los ojos a un horizonte dorado por el sol.

Es decir, que el sol... de los amores deslumbró a Juanita, lo cual la honra; pues los ojos de una doncella bien nacida y bien criada no deben poder soportar de buenas a primeras los fulgores del astro de las almas.

Mucho tiempo permaneció así la joven, mirando y no viendo, o viendo y no pensando, o pensando de una manera informe...

De pronto reparó en su situación; y, como mujer fuerte que era, avergonzóse de aquella debilidad, de aquel espionaje, de aquella asomada al cercado ajeno, de aquella envidia que empezaba a roerle el corazón..., y volvió la hoja.

III La hoja siguiente (que Juanita leyó de una tirada y sin entregarse a análisis ni reflexiones, pues empezaba a sentir un inexplicable mal humor), decía así:

ENCARGOS «Cavatina de Hernani; calle del Príncipe, almacén de Carrafa.

»Visita a la hermana de don Manuel, Jacometrezo, 16.

»Suscribir a La Época a don Manuel: me dio el dinero.

»Figurines a Pepa.

»Revólver para el Marqués.-Entregárselo a su sobrino.

»Clases pasivas.-Viudedad de mi prima.

»Monte de Piedad.-Reloj de Federico.-Llevo la papeleta.» -Venía a Madrid... -fue lo único que pensó Juanita al acabar de leer aquella hoja-. Está en Madrid... -murmuró luego-, puesto que aquí acaba de perdérsele la cartera...

Y volvió la hoja...

La otra contenía solo este apunte:

«Salí de Jaén el 8 de septiembre de 186...» -¡Hace ocho meses! -pensó Juanita-. ¡Y es andaluz!

Más adelante, después de unas hojas en blanco, leyó lo siguiente:

«Ministro..., calle Ancha de San Bernardo, número...

»General..., Luna, número...

»Don Miguel..., plaza de Oriente, número...

»Eduardo..., Jacometrezo, número...» -Vino a pretender... -reflexionó Juanita-. ¡Le compadezco! La siguiente hoja decía:

«A Eduardo.....5.360
Al Vizconde.....13.730
El Conde me debe a mí.....580»

-¡Ha jugado!-exclamó la joven con terror y pena.

Y ajustó la cuenta y añadió:

-Perdió en una noche 18.310 reales. O, por mejor decir, quedó a deber esta cantidad, después de perder todo lo que tenía. ¡Voló la letra! Y no ha pagado, puesto que el apunte está sin borrar. ¡Desventurado joven!

«Escribí a C..., el 15 de diciembre.

Le escribí de nuevo el 6 de enero.

Concluí con C..., el 18 de enero.

La carta suya que rompí era del 15 de enero.» Juanita volvió a quedarse absorta y con los ojos clavados en el libro. Mil sensaciones agitaron su corazón en un minuto, sin que se diera cuenta ni de una sola. Al fin exclamó para sí misma:-¿Culpa de ella o culpa de él?

Seguían muchas hojas blancas. Luego venía esta nota, escrita con tinta en medio de una página, como una especie de epitafio:

«SE CASO CARMEN EL 23 DE ENERO DE 186...
R. I. P.» Juanita sintió frío dentro de los huesos.

Luego encontró esta lista:

Casa.....2.760
Sastre.....2.300
Zapatero..... 460
Guantero..... 300
Fonda..... 680
Fernando.....3.000
Revendedor..... 200

-¡Me da miedo esta cartera! -pensó Juanita, cerrando el libro, pero no sin dejar un dedo dentro, como registro del punto por donde iba.

Y resolvió no leer más, y cinco segundos después leía estas palabras, escritas por otra mano en la página siguiente:

«Domingo de Piñata.-Teatro Real.-A las cuatro de la madrugada.

»La Máscara blanca jura enseñarte la cara antes de un mes.

»La Máscara blanca.» Debajo había esta apuntación, de letra del joven de Jaén:

«La Máscara blanca llevaba una pulsera con estas iniciales: A. C.» -¡Y, sin embargo, este joven no era malo! -se dijo Juanita-. La culpa ha sido de ella. La culpa es también de Madrid. La culpa es de la suerte, que no puso en su camino a una mujer como yo. ¡El amigo de Lolilla y del señor cura; el que se despidió del cementerio; el que tan tiernamente se separó de ella..., era bueno, era sencillo, era digno!

Después de una pausa, la joven recorrió algunas hojas, y encontró estas líneas escritas acá y allá en diferentes páginas:

«El pagaré vence el 19 de mayo.

»El Director vive: Montera, número...

»Sus padrinos son el Coronel y don Luis.

»Murió el señor cura el 10 de abril.

»Recibido de mis primas.....3.500 1.800 600.»

«Vendí el cortijo en 30 de abril en 80.000 reales.» Juanita respiró.

Luego encontró esta nota, que aumentó sus terrores:

«12 de mayo.-¡Noche horrible!

Debo al Coronel..... 27.000 »
al Barón.....115.000 »

Por la mañana me habían desengañado el Ministro y el Director.

»¡Día completo el de ayer!» Juanita saltó algunas hojas sin reparar en lo que contenían, ansiosa de encontrar el desenlace de aquella tragedia.

Sus ojos se fijaron en esta nota, solo porque tenía guarismos:

«Billete hasta Jaén.....240
Ropa y calzado.....800
Camino.....100 -------- 1.140»

-¡Se va! -exclamó la joven-. ¡Vaya con Dios! Pero, ¿qué le aguarda en Jaén después de casada ella? ¡Y cuán pobre emprende su viaje! ¡Ochocientos reales para ropa y calzado! ¡Oh! ¿Y el pagaré del diecinueve de mayo? ¿Qué hará para satisfacerlo?

La hoja siguiente estaba toda escrita, y decía de este modo:

«Hoy, 17 de mayo, he jurado a la Máscara blanca no quitarme la vida.

Diome lástima de ella, no de mí. Y eso que ella no me importa nada, ni puede importarme. Lo que no es bueno, no es digno de estimación, y esa mujer no es buena, puesto que me ama más que a la virtud, más que a sus deberes. Esa mujer es ingrata con otro, y su amor cae sobre mis heridas como una ponzoña que las envenena.

»Todos me han engañado; todos me han aconsejado mal; todos me han perdido. Ella (¡mi C...!) los poderosos que me ofrecieron ayuda, mis amigos, mis camaradas..., todos me han vendido negramente..., ¡todos y yo también! ¡Yo me he desconocido a mí mismo, me he desoído; me he maltratado; me he hecho más mal que todos juntos!

»¡Sueños de amor y felicidad! ¡Paz de la conciencia! ¡Inefable fruición de la justicia! ¡Noble ambición! ¡Varoniles esperanzas!

¡Entusiasmos de la juventud! ¿Dónde sois idos? ¿Dónde estáis ya? ¿Qué me resta sin vosotros?

»Me resta un corazón más tierno, más ardiente, más sediento de amor y felicidad que el primer día... Pero, ¿qué soy para el mundo? ¿Cómo apareceré a los ojos de los demás? ¡Como un calavera arruinado, como un jugador perdido!

»Y, sin embargo, yo detesto el juego; yo jugué la primera vez por docilidad, por complacer a mis amigos, y luego, por desquitarme; por redimir lo que no podía perder, lo que necesitaba para vivir.

»Mas, ¿a qué viene el estampar aquí esta confesión? ¡Lo cierto es que me consuela y me alivia el hablar con estas mudas páginas, el confiarme a ellas, el mirarme tal cual soy en su fidelísimo espejo! Además preveo mi próxima muerte, y quiero que el mundo pueda hacerme justicia leyendo todo lo que aquí escribo. Debo este desagravio a mi nombre, a la memoria de mis padres, a la familia que me queda en Jaén y a los amigos que tuve en Madrid, bien que todos estos me hayan vuelto la espalda al verme sin dinero y sin alegría.

»¡Oh, Dios mío, qué solo estoy!» Tenemos la seguridad de que si Juanita hubiera sabido dónde vivía el dueño de la cartera, habría rogado a su padre que volase a su casa y lo librara de las garras del suicidio, que ya se cernía sobre su cabeza...

Creemos más: creemos que Juanita, con su espíritu superior, había abarcado toda el alma de aquel joven, y hallándola muy digna de compasión, capaz de enmienda, merecedora de dicha, propia para hacer la felicidad de otras almas...

Pero continuemos.

Al librito le quedaban ya pocas hojas. En una de ellas había esta especie de codicilo, que completaba el testamento que acabamos de leer:

«El amor es un sueño del hombre. Cualquiera otra mujer me habría proporcionado el mismo desengaño que Carmen...» -¡Mentira! -gritó Juanita, visiblemente agitada.

«Nunca había yo encontrado la mujer digna, tierna, generosa y resignada que hubiera podido hacerme dichoso. Una mujer así no existe...» -¡Pobre loco! -respondió Juanita-. No hay nada tan de sobra como una mujer semejante.

«Ni ¿quién acogería a un hombre arruinado (continuaba diciendo el libro), a un hombre que solo podría ya vivir a costa de su trabajo, como un jornalero?...» -¡Necio sin fe! ¡Yo te acogería siempre que fuera verdad tu arrepentimiento!...

No había acabado de formular Juanita aquella frase, cuya sublime vehemencia enrojeció su rostro, cuando sus ojos encontraron los siguientes renglones, que la hicieron palidecer horriblemente:

«¡Pobre Lolilla! ¡Cómo va a llorarme!

»Advierto a cierta Máscara blanca que su actual situación con E... me releva del juramento que le hice de vivir.

»¡Dios tenga piedad de mi alma, tratada tan sin piedad en este mundo!

-»¡Yo mismo me doy la muerte!

»Julio de Cardela.» Aquí concluía el libro.

Juanita buscó en las hojas restantes, y no encontró nada.

Entonces dio un grito, y reparó en que estaba llorando...

Trémula y convulsa levantóse y corrió hacia el gabinete de su madre... pero, al pasar por el recibimiento, se encontró con su padre, que entraba de vuelta de paseo.

-¡Ah, papá!... -exclamó fuera de sí.

-¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué pasa? -gritó el anciano, lleno de terror al ver a Juanita en aquel estado.

-¡Julio de Cardela!... ¿No sabe usted?...

-¿Qué? ¿Le conocías?

-¿Cómo?

-Acaba de levantarse la tapa de los sesos con un revólver en medio de la Puerta del Sol, delante de cien personas. ¡No hay ejemplo de un suicidio tan escandaloso, tan cruel tan repugnante! Yo he visto el cadáver en el patio del Principal, donde lo han depositado provisionalmente. Un caballero de Jaén ha reconocido en el suicida a un paisano suyo, y ha

dicho su nombre... ¡Qué barbaridad! ¡Te digo que aquel espectáculo me ha conmovido mucho!... Pero, tú, hija mía, ¿Por qué lloras? ¿Conocías, acaso, a ese joven?

Juanita guardó silencio, y entregó a su padre el librito de memorias.

La pobre niña no podía hablar: la ahogaban los sollozos.

-¿Un libro de memorias? ¿Acaso era suyo? Responde...

-¡Suyo, sí! -pudo contestar, al cabo, Juanita.

-¿Y quién te lo ha dado?

-Me lo encontré hace una hora en la plazuela de Santa Ana, y acabo de leerlo. Léalo usted.

-Sí, lo leeré, y en seguida se lo entregaré a los Tribunales. Esto es curioso... Vaya..., serénate, y di que pongan la comida.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar